

## *Duá* (Súplica)

### (parte 1 de 4): ¿Qué es la *Duá*?



*Duá* —una palabra árabe transcrita aquí al alfabeto latino—. Tres letras que conforman una palabra y un tema que es grande e impresionante. Esta palabra, *duá*, podría ser traducida aproximadamente como súplica o invocación. Sin embargo, ninguna palabra puede definir adecuadamente la *duá*. Súplica, que significa comunicación con una deidad, es más cercana que “invocación”, pues esta palabra es conocida por implicar a veces el convocar a espíritus o demonios.

En la terminología islámica, *duá* es el acto de suplicar. Es invocar a Dios, es una conversación con Dios, nuestro Creador, nuestro Señor, el Omnipotente, el Todopoderoso. De hecho, la palabra deriva de la raíz árabe que significa llamar o convocar. *Duá* es elevar, empoderar, liberar y transformar, y es uno de los actos de adoración más poderosos y efectivos en el que un ser humano pueda tomar parte. La *duá* ha sido llamada “el arma del creyente”. Ella afirma la creencia de la persona en Un Dios, y por tanto rechaza toda forma de idolatría y politeísmo. La *duá* es esencialmente, sumisión a Dios y una manifestación de la necesidad de Dios que tiene la persona.

El Profeta Muhammad, que Dios lo bendiga, dijo: “Un siervo se hace más cercano a su Señor cuando está en postración. Así que aumenten las súplicas durante las postraciones”<sup>[1]</sup>. “La súplica de cada uno de ustedes será concedida si no se impacienta y no dice: ‘Le supliqué a mi Señor pero mi oración no fue escuchada’”<sup>[2]</sup>.

Entendiendo ya lo que es exactamente la *duá*, sería fácil para alguien de origen cristiano pensar que se refiere a la oración. La *duá* de seguro mantiene semejanzas con la oración de los cristianos, sin embargo, no debe confundirse con lo que los musulmanes llaman oración. En árabe “oración” es *salah*, uno de los pilares del Islam, y al realizar las cinco oraciones diarias un musulmán se involucra en una

forma física de *duá*, pidiéndole a Dios que le otorgue el Paraíso a través de sus actos. En todas las partes de la oración, uno también le suplica directamente a Dios.

Para los musulmanes, la oración es un conjunto de movimientos y palabras rituales realizado en unos momentos específicos, cinco veces al día. Dios dice en el Corán: **“La oración ha sido prescrita a los creyentes para ser realizada en horarios específicos” (Corán 4:103)**. Los musulmanes rezan temprano en la mañana antes del amanecer, a mediodía, por la tarde, al ocaso y por la noche. La oración es un acto de adoración en el cual un musulmán reafirma su creencia en Un Dios y demuestra su gratitud. Es una conexión directa entre Dios y el creyente, y es una obligación.

La *duá*, por otro lado, es una forma que tienen los musulmanes de sentir esa conexión con Dios en cualquier momento y lugar. Los musulmanes invocan con frecuencia a Dios a lo largo del día y de la noche. Elevan sus manos en súplica y piden por Su ayuda, misericordia y perdón. La *duá* incorpora alabanza, agradecimiento, esperanza, y pedir a Dios que ayude a quien está necesitado y le conceda sus pedidos.

La *duá* puede ser hecha por el individuo, su familia, amigos, extraños, aquellos en circunstancias extremas, por los creyentes e incluso por el conjunto de la humanidad. Cuando se hace *duá*, es aceptable pedir por el bien en esta vida mundanal y el en más allá. Una persona que hace *duá* no debería contenerse, sino pedirle a Dios que le conceda tanto sus pedidos pequeños como los más grandes.

El Profeta Muhammad, que la paz y las bendiciones de Dios sean con él, animó a los creyentes a hacer *duá*. Dijo: **“La *duá* de un musulmán por su hermano en su ausencia es aceptada rápidamente. Un ángel es designado a su lado. Siempre que haga una *duá* benéfica por su hermano, el ángel designado dice: ‘Amén, y que tú también seas bendecido con lo mismo’”**[3].

Aunque hacer *duá* no es una obligación, hay muchos beneficios en hacer *duá* a Dios con frecuencia y con total sumisión. Sentir la cercanía de Dios que viene con la *duá* sincera, incrementa la fe, da esperanza y alivio al afligido, y salva al suplicante de la desesperación y el aislamiento. A través de todo el Corán, Dios anima al creyente a invocarlo, Él nos pide que pongamos nuestros sueños, esperanzas, temores e incertidumbres ante Él y que estemos seguros de que Él escucha cada una de nuestras palabras.

**“Solo a Ti te adoramos y solo de Ti imploramos ayuda”.  
(Corán 1:5)**

**“Su Señor dice: ‘Invóquenme, que responderé [sus súplicas]’.  
Pero quienes por soberbia se nieguen a adorarme, ingresarán  
al Infierno humillados”. (Corán 40:60)**

**“Di: ‘¡Oh, siervos míos que están sumidos en el pecado [perjudicándose a sí mismos]! No desesperen de la misericordia de Dios. Dios tiene poder para perdonar todos los pecados. Él es el Perdonador, el Misericordioso’”. (Corán 39:53)**

**“Diles: ‘Ya sea que Lo invoquen diciendo: ¡Oh, Dios!, ¡oh, Compasivo!, o cualquier otro nombre con el que Lo invoquen, Él los oirá. Sepan que Él posee los nombres [y atributos] más sublimes’”. (Corán 17:110)**

**“Y si Mis siervos te preguntan por Mí [¡oh, Muhammad!, diles] que estoy cerca de ellos. Respondo la súplica de quien Me invoca. [Entonces] que me obedezcan y crean en Mí, que así se encaminarán’”. (Corán 2:186)**

El Profeta Muhammad, que la paz y las bendiciones de Dios sean con él, llamó a la *duá* “la esencia de la adoración”<sup>[4]</sup>. También sugirió que el creyente sea humilde pero firme cuando hace *duá*, y dijo: **“Cuando uno de ustedes suplica, no debería decir: ‘¡Oh, Dios!, perdóname si así quieres’, sino que debe ser firme en pedir y no quedarse corto en mencionar lo que desea, pues lo que Dios da no es nada grande para Él.”**<sup>[5]</sup>

Cuando hacemos *duá*, cuando invocamos a Dios en nuestros momentos de necesidad o para expresarle nuestra gratitud, o por cualquier otra razón, incluyendo el simple bienestar de estar cerca a Dios, debemos recordar examinar nuestra sinceridad y verificar nuestra intención. La *duá* debe ser dirigida solo a Dios, Quien no tiene compañeros, hijas, hijos, socios ni intermediarios. Nuestra intención cuando hacemos *duá* debe ser complacer a Dios, obedecerlo y confiar en Él por completo.

Cuando una persona hace *duá*, Dios puede darle lo que pidió o puede quitarle un daño que es mayor que aquello que pidió, o puede guardarle lo que ha pedido para el Más Allá. Dios nos ha ordenado que Lo invoquemos y Él ha prometido responder a nuestros llamados. En el siguiente artículo, revisaremos la etiqueta de hacer *duá* y veremos por qué a veces la *duá* parece quedarse sin respuesta.

---

#### **Footnotes:**

<sup>[1]</sup> *Sahih Muslim.*

<sup>[2]</sup> *Sahih Al Bujari, Sahih Muslim.*

<sup>[3]</sup> *Sahih Muslim.*

<sup>[4]</sup> *At-Tirmidi.*

## (parte 2 de 4): Alaba a Dios en la forma en que Él merece ser alabado

La *duá* es esencialmente, sumisión a Dios y una señal de nuestra necesidad de Dios. La *duá* ha sido llamada el arma del creyente, pues aumenta la fe, da esperanza y alivio al afligido, y salva al suplicante de la desesperación y el aislamiento. Y quizás lo más importante es que Dios ama que le pidamos y nos anima a invocarlo por todas nuestras necesidades, deseos y anhelos.

El reconocido erudito islámico *Imam* Ibn Al Qaim describió así la *duá*: “La *duá* y las oraciones para buscar refugio en Dios son como un arma, y un arma solo es buena si la persona la utiliza; no es simplemente un asunto de cuán afilada esté. Si el arma es perfecta, sin defectos, y el arma o la persona que la utiliza es fuerte, y no hay nada que lo detenga, entonces él puede derrotar al enemigo. Pero si alguna de estas tres características falla, entonces el efecto será incompleto en consecuencia”.

Es pues de nuestra incumbencia, que cuando hagamos nuestra *duá* la hagamos de la mejor forma posible. Como una forma de afilar metafóricamente nuestra espada, debemos esforzarnos por invocar a Dios de la mejor manera y con los mejores modales. Hay una etiqueta para hacer *duá*. Seguir dicha etiqueta es una indicación de que una persona es sincera y se esfuerza por maximizar sus posibilidades de que Dios acepte la *duá*, Quien dice: **“Respondo la súplica de quien Me invoca” (Corán 2:186).**

Una creencia firme y constante en la Unicidad de Dios (*Tawhid*) es un ingrediente esencial para la *duá*. La sinceridad y la buena voluntad para aceptar que solo Dios es capaz de cambiar el curso de los eventos y de conceder nuestras peticiones, también son necesarias. El suplicante debería invocar a Dios con ilusión y urgencia, pero permaneciendo humilde y tranquilo, sin estar exasperado ni aburrido. El Profeta Muhammad, que la paz y las bendiciones de Dios sean con él, gustaba de hacer su *duá* tres veces y también pedía perdón tres veces[1].

Alabar a Dios de la forma en que Él merece ser alabado es el punto de partida para una persona que hace *duá*. Mientras el Profeta Muhammad estaba sentado, llegó un hombre, rezó y dijo: “¡Oh, Dios!, perdóname y ten misericordia de mí”. El Profeta Muhammad lo escuchó y dijo: “Te has precipitado demasiado, ¡oh, adorador! Cuando hayas terminado de rezar y te hayas sentado, alaba a Dios como Él merece ser alabado, y pide bendiciones para mí, luego eleva tu *duá* a Él”[2]. El Profeta Muhammad también recomendó levantar las manos al hacer la *duá*. Dijo: “Tu Señor, alabado y glorificado sea, es Gentil y es el Más Generoso, Él es

demasiado amable como para dejar que su siervo, cuando levanta las manos hacia Él, las regrese vacías”[3].

Alabar a Dios en la forma que Él merece ser alabado, en esencia significa reconocer Su Unidad y Unicidad. Él es el Primero, el Último, el Principio y el Fin. Solo Él tiene el Poder y la Fuerza. Reconoce esto y envía bendiciones al Profeta Muhammad, antes de suplicarle a Dios.

Cuando el suplicante extiende sus manos hacia Dios, debe hacerlo con humildad. Dios nos dice en el Corán que la humildad es una cualidad deseable, que el creyente debe pedirle a su Señor con una mezcla de esperanza y temor. La esperanza de que Dios escuchará su *duá* y lo mantendrá a salvo de las pruebas y tribulaciones de la vida, y temor de que sus actos disgusten a su Señor.

**“Invoquen a su Señor con humildad en privado”. (Corán 7:55)**

**“Los agracié porque siempre se apresuraban a realizar obras buenas, Me invocaban con temor y esperanza, y eran humildes ante Mí”. (Corán 21:90)**

**“Recuerda a tu Señor en tu interior con sometimiento y temor, e invócalo con voz baja por la mañana y por la tarde”. (Corán 7:205)**

Los mejores momentos para hacer *duá* incluyen el instante justo antes del *Fayer* (oración del alba), en el último tercio de la noche, durante la última hora del viernes (es decir, la última hora antes de la oración del ocaso), cuando está lloviendo, y entre la llamada a la oración y el *iqamah* (la llamada inmediatamente antes de que comience la oración). Otro momento excelente para hacer *duá* es cuando el creyente está en postración.

El creyente debe esforzarse por utilizar las palabras más claras y concisas cuando realiza sus súplicas. Las mejores *duás* son las que usaron los profetas; sin embargo, es permisible decir otras palabras de acuerdo con las necesidades específicas del suplicante. Hay muchas colecciones maravillosas de *duás* auténticas, y los creyentes deben tener un cuidado especial para autenticar las *duás* que utilizan para suplicarle a Dios.

Cuando se hace *duá* es importante decir aquellas auténticas que se encuentran en el Corán o en las tradiciones del Profeta Muhammad, o las palabras que le lleguen espontáneamente a uno a la mente cuando está buscando la protección o el perdón de Dios. No está permitido establecer un lugar, momento o número de repeticiones específicos para hacer *duá*. Hacer eso sería un acto de innovación en la religión del Islam, y ese es un asunto serio.

Por ejemplo, cuando uno se vuelve hacia Dios en su momento más oscuro o en un momento de alegría, habla desde su corazón con sinceridad y amor. Una

persona nunca debe temer conversar con Dios, poniendo frente a Él su corazón, sus anhelos, su amor, sus temores y sus deseos. Sin embargo, si uno comienza a realizar rituales extraños, como hacer *duá* 30 veces los miércoles después de la oración de la tarde, entonces comienzan los problemas. Como regla general, la *duá* debe ser espontánea, o realizada según lo narrado auténticamente. Esto no es complicado, el Islam sin rituales ni supersticiones creados por el hombre, es pura devoción a Dios, y es fácil y reconfortante.

Para cerrar el artículo de esta semana, vamos a nombrar situaciones en las que la *duá* tiene más probabilidad de ser aceptada. Estas situaciones incluyen, cuando uno es maltratado u oprimido, cuando está de viaje, cuando está ayunando, cuando tienen una necesidad desesperada, y cuando un musulmán hace *duá* por su hermano ausente.

---

#### Footnotes:

[1] *Abu Dawud, An-Nasai.*

[2] *At-Tirmidi.*

[3] *Abu Dawud.*

### (parte 3 de 4): Por qué la *duá* se queda sin respuesta

Como creyentes, sabemos que Dios está por encima de los cielos, por encima de Su creación y, sin embargo, Él no está restringido por ninguna dimensión física. Dios está cercano, muy cercano, de quienes creen en Él, y responde todos sus llamados. Dios conoce todos nuestros secretos, sueños y deseos, nada está oculto a Él. Dios está con Su creación por Su conocimiento y poder. Entonces, ¿por qué algunas súplicas se quedan sin respuesta?

Esta es, de hecho, una pregunta muy importante, e incluso los primeros musulmanes estuvieron preocupados por su respuesta. Abu Hurairah, uno de los compañeros más cercanos del Profeta, dijo que escuchó al Profeta, que la paz y las bendiciones de Dios sean con él, decir: “Las *duás* de una persona serán respondidas siempre que no pida por algo pecaminoso ni por la ruptura de lazos familiares” [1]. De esto aprendemos que si la *duá* es inapropiada o si uno está pidiendo por algo pecaminoso, Dios no la responderá.

Si la persona hace *duá* comunicándose con Dios de forma arrogante, quizás quejándose o levantando su voz con ira o con petulancia, Dios no le responderá. Otra razón por la que Dios no responde una *duá* es cuando el suplicante le ruega a Dios por ayuda o por comodidades, cuando está rodeado de riquezas, alimentos o ropas ilícitas. Uno no puede participar continuamente en comportamientos y

actividades pecaminosas, sin siquiera un segundo de remordimiento, y al mismo tiempo esperar que Dios responda su *duá* y sus peticiones.

El Profeta Muhammad le dijo a sus compañeros que “Dios está muy lejos de toda imperfección, y solo acepta lo que es lícito. Dios ordenó a los piadosos seguir los mismos mandamientos que Él entregó a los Mensajeros.

**“¡Oh, Mensajeros! Coman de las cosas buenas y hagan buenas obras, que Yo bien sé lo que hacen”. (Corán 23:51)**

**“¡Oh, creyentes! Coman de las cosas buenas que les he proveído”. (Corán 2:172)**

A continuación, el Profeta Muhammad mencionó (el ejemplo de) un hombre que había hecho un viaje largo, estaba despeinado y cubierto de polvo, y alzó sus manos al cielo: “¡Oh, Señor, oh, Señor!”, pero su comida era ilícita, y su bebida era ilícita, entonces, ¿cómo podía ser aceptada su *duá*?[2]

El hombre aquí descrito tenía algunas de las características que hacen que la *aduá* tenga más probabilidades de ser aceptada. Estas fueron mencionadas al final del segundo artículo que aborda este tema. Se puede deducir que a causa de que este hombre no vivía su vida dentro de los límites de lo lícito, su *duá* no fue aceptada.

Otro punto importante a recordar es no apresurarse. Un suplicante nunca debe darse por vencido, nunca debe decir: “¡Yo rezo y rezo, y hago *duá* tras *duá*, pero Dios no me escucha, Él no me responde!” Justo cuando una persona siente que va a perder la esperanza, es cuando debe hacer más *duá*, pedirle a Dios una y otra vez por más y más. No hay poder ni fuerza sino solo en Dios. No hay solución ni resultado sino solo el que brinda Dios. Cuando le suplica a Dios, una persona debe ser a la vez firme y sincera.

**“La súplica de cada uno de ustedes será concedida si no se impacienta y no dice: ‘Le supliqué a mi Señor pero mi oración no fue escuchada’”[3].**

**“Que ninguno de ustedes diga: ‘¡Oh, Dios!, perdóname si es Tu voluntad, ¡oh, Dios, ten misericordia de mí si así lo quieres’. Que sea resuelto en el asunto, siendo a la vez consciente de que nadie puede obligar a Dios a hacer nada”[4].**

También es importante entender que una respuesta a una *duá* puede no ser exactamente lo que uno espera. Dios puede responder y cumplir el deseo de una persona de manera inmediata. Algunas veces, la *duá* obtiene respuesta muy rápido. Sin embargo, a veces Dios responde de forma diferente. Él puede alejar del suplicante algo malo, o recompensarlo con algo bueno aunque no sea exactamente lo que ha pedido. Es importante recordar que Dios sabe lo que depara el futuro y nosotros no.

**“...Es posible que les disguste algo y sea un bien para ustedes, y es posible que amen algo y sea un mal para ustedes. Dios conoce [todo] pero ustedes no”. (Corán 2:216)**

A veces, Dios guardará Su respuesta a una *duá* hasta el Día de la Resurrección, cuando la persona va a necesitarla más que nunca.

La *duá* tiene poder ilimitado, puede cambiar muchas cosas y es un acto importante de adoración, tanto que nunca debemos perder la fe en ella. Hacer *duá* demuestra nuestra gran necesidad de Dios y reconoce que Él es capaz de todo. Él da y Él quita, pero cuando confiamos plenamente en Dios, sabemos que Su decreto es justo y sabio.

Haz *duá* y sé paciente, que Dios te responderá en la mejor forma posible, en el mejor momento posible. Nunca pierdas las esperanzas, nunca dejes de pedir, y pide más y más. Pide el bien en este mundo y en el Más Allá. La *duá* es el arma del creyente.

**“Respondí su súplica y lo libré de su angustia. Así salvo a los creyentes (quienes creen en la Unidad y Unicidad de Dios, se alejan del mal y obran con rectitud)”. (Corán 21:88)**

**“Él responde [las súplicas] a quienes creen (en la Unidad y Unicidad de Dios) y obran rectamente, y les aumenta su favor. En cambio, los que se niegan a creer tendrán un castigo severo”. (Corán 42:26)**

---

#### **Pie de página:**

[1] *Sahih Muslim.*

[2] *Ibid.*

[3] *Sahih Bujari, Sahih Muslim.*

[4] *Ibid.*

## **(parte 4 de 4): Incluso los profetas sintieron angustia y se volvieron hacia Dios**

En los últimos tres artículos sobre la *duá* (o súplica), hemos aprendido muchas cosas correctas e inspiradoras. Sabemos que la *duá* es el arma de los creyentes, por lo tanto, no es necesario recurrir a la desesperación o a la ira, puesto que compartir nuestra pena con Dios es una forma de aliviarla y de superar las cargas. Hemos aprendido que la *duá* es la esencia de la adoración y que hay una etiqueta cuando suplicamos a Dios por algo, tanto en tiempos de necesidad como cuando Lo



alabamos y Le agradecemos. Hemos discutido la forma en que a veces la *duá* parece quedar sin respuesta; y ahora, finalmente, en nuestra parte cuarta y última, veremos la forma en que los profetas hacían *duá*.

Como sabemos, los profetas a lo largo del tiempo han tenido siempre relaciones especiales y cercanas con Dios. Ellos acudían a Dios en momentos de peligro y de necesidad, y nunca olvidaban alabar y agradecer a Dios por las bendiciones incontables en sus vidas. Los profetas eran conscientes de la importancia de la paciencia y de la gratitud, y por encima de todo, sus relaciones con Dios estaban fundadas en su sumisión total y absoluta a Su voluntad. Sin embargo, incluso con tanta confianza y amor, ellos a veces se también angustiaban o asustaban, y se sentían solos o abrumados.

En consecuencia, los profetas se volvían hacia Dios y Lo invocaban para que los hiciera pacientes y firmes, Le pedían ayuda en esta vida y felicidad en la siguiente. Ellos hacían un llamado a Dios para que hiciera a sus familias y compañeros justos y pacientes, y para que ellos mismos y su entorno fueran agradecidos y serenos. Aunque Dios ama que nos volvamos hacia Él y digamos las palabras que fluyan de nuestros corazones, las palabras de los profetas son más completas y sumisas a la voluntad de Dios, como esperamos ser nosotros. Suplicarle a Dios con las *duá* que hallamos en el Corán y en las tradiciones auténticas del Profeta Muhammad, que la paz y las bendiciones de Dios sean con él, es una práctica correcta y reconfortante.

Cuando Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, Adán se volvió hacia Dios arrepentido:

**“¡Señor nuestro! Hemos sido injustos con nosotros mismos; si no nos perdonas y nos tienes misericordia, seremos de los perdidos”. (Corán 7:23)**

La humanidad sigue cometiendo errores y pecados, pero solo nos perjudicamos a nosotros mismos. Nuestros pecados y errores no perjudican a Dios. Sin embargo, si Dios no nos perdona y no tiene misericordia de nosotros, con seguridad estaremos entre los perdedores.

Cuando el Profeta Jonás despertó en el vientre de la ballena, pensó que había muerto y que estaba acostado en la oscuridad de la tumba. Sintió a su alrededor y se dio cuenta de que no era una tumba sino el vientre de una ballena enorme. Tuvo miedo y elevó su voz invocando a Dios.

**“No hay otra divinidad más que Tú. ¡Glorificado seas! En verdad he sido de los injustos”. (Corán 21:87)**

A través de su vida, el Profeta Job fue puesto por Dios en muchas pruebas y problemas, pero se mantuvo firme, paciente, y se volvía continuamente a Dios

pidiendo perdón. Incluso cuando se sintió en su punto más débil no se quejó, sino que se volvió a Dios y le suplicó perdón. Dijo:

**“¡Oh, Dios! Tú bien sabes que] he sido probado con enfermedades, pero Tú eres el más Misericordioso”. (Corán 21:83)**

El Corán nos relata las historias de los profetas a fin de que podamos aprender de ellos. Ellos son modelos dignos y sus vidas no son muy distintas de las nuestras. ¿Cuántas veces no nos hemos hundido en una silla o en la cama por desesperación? ¿Cuántas veces nos hemos sentido tan exhaustos física o mentalmente que parece que no podremos continuar ni un segundo más?

El Profeta Moisés fue obligado a huir de Egipto y salir al desierto a enfrentar un futuro incierto. Después de caminar durante más de una semana a través de las arenas ardientes, llegó a un oasis. Fue allí que este hombre honorable ayudó a las mujeres en el pozo antes de arrojarlo bajo un árbol e invocar a Dios por ayuda.

Moisés sabía que Dios era el Único que podía librarlo de su difícil situación, así que se volvió hacia Dios, y antes de que su súplica terminara, la ayuda ya estaba en camino. Moisés probablemente esperaba una rebanada de pan o un puñado de dátiles, pero Dios le dio seguridad, provisiones y una familia.

**“¡Señor mío! Realmente necesito cualquier gracia que me concedas”. (Corán 28:24)**

Hay lecciones para la humanidad a lo largo de la historia del Profeta Moisés. Cuando Moisés fue enviado por Dios para confrontar al Faraón, tenía miedo de no ser capaz de cumplir con las exigencias de Dios, pero en lugar de quejarse o de desesperarse, Moisés se volvió hacia Dios e hizo *duá*.

**“¡Oh, Señor mío! Abre mi corazón [y dame valor], facilita mi misión, suelta el nudo que hay en mi lengua para que comprendan mis palabras”. (Corán 20:25-28)**

Después de que Moisés supo del gran mal que su gente había cometido al forjar el becerro de oro, se enojó. Sin embargo, incluso en medio de tal fechoría, invocó a Dios pidiéndole que tuviera misericordia de todos ellos.

**“Tú eres nuestro Protector, perdónanos y ten misericordia de nosotros. Tú eres el más Indulgente. Concédenos bienestar en esta vida y en la otra”. (Corán 7:155-156)**

El Rey (y Profeta) Salomón era muy consciente del poder de Dios. Siempre alababa a Dios por cualquier condición que pusiera sobre él. Dijo: **“¡Alabado sea Dios!, Quien nos ha favorecido sobre muchos de Sus siervos creyentes” (Corán 27:15)**. Salomón también entendió que ningún poder ni fuerza serían

suyos a menos que se los pidiera a Dios. El hizo *duá* y pidió por un reino que nunca fuera superado. Dios le concedió su pedido y el Profeta Salomón reinó sobre un imperio que no podemos imaginar. Dijo:

**“¡Oh, Señor mío! Perdóname y concédeme un reino tan poderoso, que nadie pueda igualarlo después de mí; Tú eres el Dadivoso”. (Corán 38:35)**

Estas son una pequeña muestra de cómo hacían *duá* los Profetas. Sus historias y sus *duás* se encuentran por todo el Corán. Cuando leemos las historias de los profetas Salomón, José, Jacob o Abraham, hallamos que ellos, y todos los demás profetas, estaban completamente sometidos a Dios. Ellos levantaron sus manos en súplica y pidieron ayuda solo de Dios.

Como creyentes, no debemos olvidar nunca que Dios escucha nuestras *duás*, nuestras súplicas, y las responde. A veces, la sabiduría detrás de la respuesta está más allá de nuestra comprensión, pero Dios solo desea lo mejor para nosotros. Al poner su confianza en Dios y someterse a Su voluntad, el creyente puede enfrentar cualquier tormenta y levantarse de cara a la adversidad. Nunca estamos solos.